

XXXI Domingo Tiempo Ordinario

Malaquías 1, 14-2, 2b. 8-10; Tesalonicenses 29 7b-9. 13; Mateo 23, 1-12

«El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido»

30 Octubre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«Al recibir la palabra de Dios, que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino, cual es en verdad, como palabra de Dios»

Hemos sido creados para algo más grande que nosotros mismos. El corazón no descansa hasta que descansa en Dios. Cuando no respetamos la voz del alma, cuando nos conformamos con verdades a medias, no alcanzamos la paz anhelada. Decía hace poco Sor Verónica, fundadora de la nueva comunidad «Iesu Comunnio»: «*El corazón sufre opresión cuando amordazamos el clamor más hondo de nuestro ser y, entonces, sobrellevamos el paso del tiempo de la forma menos incómoda o, si se puede, más placente posible; en cualquier caso, padecemos cuando desertamos de llegar a ser hombres en la plenitud para la que fuimos creados*». Y nos quedamos bloqueados, nos conformamos con nuestra comodidad, incapaces de seguir luchando. Alguien me decía: «*De mí depende, el quedarme encerrada en mi misma compadeciéndome y esperando que cambien todos los demás, o aceptar que la que tiene que cambiar soy yo*». Creemos que si todos cambian, si cambian las circunstancias, si cambia Dios, entonces sí que vamos ser felices. Mientras tanto, nos ahogamos en nuestra negatividad. Una persona me comentaba: «*Ahora está de moda hablar del pensamiento positivo, de que si lanzas una idea al universo, alguien la coge. Leía que un naturista reconocido recomendaba dedicar un minuto al día a un pensamiento grande y positivo, porque había verificado que los pacientes enfermaban menos*». ¡Cuántas personas enfermas conocemos que viven recreándose en sus pensamientos negativos! ¡Qué pena cuando nos hundimos en la miseria de la negatividad sin ver algo de luz! Queremos mirar a lo alto, al cielo, a las estrellas. Queremos aspirar a lo más grande y soñar. **La verdad nos hace libres, cuando somos capaces de vivir de acuerdo a lo que somos, al sueño de Dios en el alma.**

En el fondo del corazón no queremos ser hipócritas y nos rebelamos contra la hipocresía y la falsedad. Leía hace poco una definición de la palabra hipocresía: «*La hipocresía consta de dos operaciones: la simulación y el disimulo. La simulación consiste en mostrar lo que se desea, en tanto que el disimulo oculta lo que no se quiere mostrar*». Muchas veces somos hipócritas cuando simulamos; lo hacemos cuando nos revestimos del ropaje de aquellos a los que admiramos, o pretendemos ser distintos, manifestando valores que no tenemos o mostrando méritos nunca logrados, porque nos asusta la verdad de nuestra vida. Simulamos ser otros porque no nos atrae nuestro verdadero aspecto y nos acabamos engañando a nosotros mismos. Podemos llegar a creer que somos como no somos en realidad. Ya lo decía la actriz Eleonora Dose: «*El mayor peligro de engañar a los demás está en que uno acaba, inevitablemente, por engañarse a sí mismo*». La simulación tiene grandes riesgos, porque asumimos con ella roles que no nos corresponden y vivimos una vida que no es la nuestra. El disgusto que tenemos con nuestros defectos y caídas nos hace vivir con miedo el fracaso y nos tienta con el deseo de ser perfectos. Pero como leía el otro día: «*Resulta tan poco probable acertar en todo como equivocarse rotundamente*». No es posible hacerlo todo bien y tampoco hacemos todo mal. Eso nos da mucha paz. Nos podemos equivocar, todo es posible. Una persona me comentaba: «*Buscar nuestro Ideal*

Personal, rezar, meditar, trabajar por lo que quiero es ya 'éxito asegurado'. Si consigo amar más, si consigo no engañarme, escuchar a Dios, obedecerle, entonces, si he aprendido a vencerme a mí misma, seré feliz. Lo importante es no dejar de luchar e intentarlo, no dejar de tratar de alcanzar las cumbres, aunque el esfuerzo nos derribe. Es necesario escuchar la voz del alma y no dejarnos llevar por otras voces huecas. Resulta mejor la posibilidad del fracaso que la humillación de no ser quienes realmente somos. Es mejor aceptar que no llegamos a todo, que no podemos dejar contentos a todos, aunque nos gustaría que nadie nos rechazara. Imposible. Tenemos que ser fieles a la voz que grita en el corazón. **Aunque nos critiquen y juzguen, aunque no nos entiendan en su intento por encasillarnos.**

Por otro lado, la hipocresía tiene otro aspecto: el disimulo. Disimulamos tratando de ocultar la cara más fea de nuestro yo. Disimulamos para no parecer lo que somos, para fingir no ser así. Ocultamos cosas por miedo a desilusionar a los demás, por ese terror que tenemos al rechazo. Y así vivimos la tensión de la mentira. ¡Qué poco nos cuesta mentir! Pero, ¡qué larga es la cola de la mentira! Mentimos casi por costumbre y, al acostumbrarnos, nos cuesta demasiado decir la verdad. Aunque la verdad sea simple, evidente o intrascendente, nosotros la tapamos. Cuando nos acostumbramos a la mentira, nos sale de forma natural ocultar. En nuestros gestos y palabras, acabamos mintiendo. No nos gusta que los demás nos confronten con la debilidad de nuestra vida y la disimulamos con mentiras. Por no excusarnos y justificar nuestra conducta, la escondemos. Son pequeñas mentiras, normalmente, pero el disimulo nos lleva a tejer una red de mentiras a las que nos habituamos casi sin darnos cuenta. Si nos preguntan qué hemos hecho hoy, nos inventamos algo; cuando no queremos que sepan dónde hemos estado, decimos cualquier cosa. Cuando quieren saber qué pensamos, revestimos nuestro verdadero pensamiento y decimos lo que no pensamos, para no sufrir el rechazo o la crítica sin misericordia. Todo menos confesar la verdad, aunque la verdad no sea reprochable. Al final acaba triunfando la mentira en nuestra vida. Por mentir tanto acabamos siendo unos mentirosos empedernidos. Deberíamos ser capaces de aceptar nuestra pequeñez y debilidad y decirle a María: «*Conoces mis miedos mis inseguridades mis anhelos y mis dudas, yo te ofrezco toda mi pequeñez, mi agua. Y te pido que, como en Caná, se la entregues a Jesús para que Él la convierta en el vino mejor. Quiero que me cojas de la mano y me guíes.*». Queremos aprender a ser más dóciles y dejar que María nos transforme. **Esta actitud nos lleva a aceptar la verdad de nuestra vida; así no será necesario ocultar lo que nos cuesta y lograremos ser más humildes y sencillos para querernos como somos.**

No nos sorprende que las palabras más duras de Jesús en la tierra sean dirigidas contra los hipócritas. Lo que sí nos puede llamar la atención es que llame hipócritas, precisamente, a aquellos que, supuestamente, estaban más cerca de Dios. Los fariseos y los escribas conocían las Escrituras y enseñaban el camino a los que no tenían tanta sabiduría. Se habían encontrado con Dios y lo amaban con todo su corazón. Entonces, ¿cuál era su hipocresía? Los que se pensaban tan sabios se confundían cuando no lograban vivir lo que con tanta fuerza predicaban. Jesús los llama «*raza de víboras*» y destaca su actitud mezquina y falta de caridad ante los hombres. Sus palabras son duras y tan fuertes como las que hoy escuchamos: «*En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: Haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen.*». Y pensaba en todo lo que decímos los sacerdotes cada día. Muchas veces hablamos mucho y luego no hacemos demasiado. Las palabras del profeta resultan muy duras y nos hacen reflexionar: «*Y ahora os toca a vosotros, sacerdotes. Si no obedecéis y no os proponéis dar gloria a mi nombre, os enviaré mi maldición. Os apartasteis del camino, habéis hecho tropezar a muchos en la ley, habéis invalidado mi alianza con Levi. Pues yo os haré despreciables y viles ante el pueblo, por no haber guardado mis caminos, y porque os fijáis en las personas al aplicar la ley. ¿No tenemos todos un solo padre? ¿No nos creó el mismo Señor? ¿Por qué, pues, el hombre despoja a su prójimo, profanando la alianza de nuestros padres?*»

Malaquías 1, 14-2, 2b. 8-10. Pensaba en las cargas que a veces imponemos a otros con nuestras palabras y luego no actuamos de acuerdo a lo que decimos. Exigimos una vida de santidad y estamos lejos nosotros de luchar por ella; no me refiero sólo a los sacerdotes, sino a todos los cristianos: «*Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar*». Muchas veces sería mejor callar, cuando experimentamos nuestra debilidad. Pero siempre será necesario que brille el ideal ante nuestros ojos. Hoy suplicamos la fidelidad para luchar por todo lo que con fuerza predicamos. Que nunca olvidemos los ideales. **Que las caídas de nuestra vida no nos alejen del ideal y nos hagan creer que es imposible.**

Muchas personas ven en la Iglesia un conjunto de cargas pesadas muy difíciles de cumplir. Ven en los sacerdotes a aquellos que sólo imponen cargas y prohibiciones y luego ellos no son fieles. Ven normas y preceptos y sienten que en la Iglesia no tienen lugar, porque el esfuerzo es demasiado pesado para poder seguir el camino señalado. No logran levantar la cabeza y se arrodillan para suplicar perdón, porque no llegan a la meta. Por eso es tan duro cuando los que están llamados a ser una luz en el camino, se apagan y son infieles en su testimonio. Ya lo decía el P. Kentenich: «*La corrupción de los mejores es la peor corrupción*»¹. Y añadía: «*Es peligroso para las personas llamadas a la santidad tratar con ligereza las mociones de Dios*»². Todos estamos llamados a la santidad. No podemos conformarnos. Pero está claro que nuestra gran tentación es ceder a nuestro egoísmo y dejarnos llevar por nuestras debilidades y desorden interior: «*¡Cuán a menudo giramos en torno a nosotros mismos y dejamos crecer más y más nuestros deseos egoístas!*»³. El egoísmo nos hace tomar el camino más corto. Aplicamos una moral con los demás, exigiéndoles un comportamiento recto, mientras que nosotros, aplicando una moral distinta, mucho más laxa, somos condescendientes y permisivos con nuestras caídas. Para nosotros no valen las cargas que a otros imponemos con ligereza. Nosotros tenemos otro criterio para juzgarnos. ¡Cuántas veces justificamos nuestro comportamiento! Por eso queremos pedirle a Dios que nos ayude a aceptar nuestra verdad. Como leía hace poco: «*He recibido el regalo más grande que un hombre puede recibir: la verdad*»⁴. Nuestra verdad es el mayor regalo que Dios nos hace. **Es necesario aprender a vivir en la verdad.**

Por otro lado, también nos cuesta mucho hacer las cosas sin esperar nada a cambio. Así describe Jesús a los que buscan su propia gloria: «*Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame maestros*». Buscamos tantas veces la fama y queremos dejar huella en este mundo disperso. Nos buscamos a nosotros mismos, nuestro interés, nuestro bien, en lugar de buscar el bien de los otros. Nos gusta ser siempre tomados en cuenta y valorados. Nos gustan los primeros puestos y llamar la atención de los que nos siguen. ¿Nos falta humildad? Tal vez buscamos en ese amor mendigado el sentirnos más felices con nuestra vida. Queremos sentir que ha merecido la pena vivir, que nuestra historia no ha sido olvidada. No hay maldad en nuestra intención, sólo debilidad, fruto de nuestro pecado. El salmo nos muestra cómo debería ser nuestra actitud: «*Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor. Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad. Sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre. Espere Israel en el Señor ahora y por siempre*». Sal 130, 1. 2. 3. No pretender grandezas, moderar los deseos, no ser altaneros. Son ideales dibujados ante nuestros ojos. Ya lo decía San Juan Crisóstomo al comentar el Evangelio: «*Todo lo hacen para ser vistos por los*

¹ José Kentenich, “El hombre heroico”, 187

² Ibídem

³ Ibídem

⁴ María Vallejo-Nájera, “Un mensajero en la noche”, 249

hombres. Es imposible, pues, que crean en Jesucristo cuando quien predica las cosas del cielo únicamente desea la gloria terrena de los hombres». ¿Qué desea nuestro corazón? ¿Por quién hacemos todo lo que hacemos? ¿Qué buscamos cuando nos entregamos sin reservas?

El camino es el servicio desinteresado, aunque tengamos que repetírnoslo una y otra vez hasta que se grabe en el alma. Porque si hay una palabra en desuso en nuestra sociedad es la palabra servicio. Que alguien pueda realizar un servicio de forma gratuita no se entiende. Todo lo que hacemos suele tener un precio. El servicio desinteresado nos sorprende. S. Pablo nos recuerda cuál debería ser nuestra actitud: «*Recordad si no, hermanos, nuestros esfuerzos y fatigas; trabajando día y noche para no serle gravoso a nadie, proclamamos entre vosotros el Evangelio de Dios*». Un trabajo desinteresado por amor a Dios. Un amor que no busca la gloria ni recompensa. Una vida que es entrega sólo por amor, sin esperar nada a cambio: «*Os tratamos con delicadeza, como una madre cuida de sus hijos. Os teníamos tanto cariño que deseábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas, porque os habíais ganado nuestro amor. Ésa es la razón por la que no cesamos de dar gracias a Dios, porque al recibir la palabra de Dios, que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino, cual es en verdad, como palabra de Dios, que permanece operante en vosotros los creyentes*». *TesalonICENSES 29 7b-9. 13.* Es el amor que es servicio a la vida. Decía Benedicto XVI a los voluntarios de la JMJ en Madrid: «*El Señor trasformará vuestro cansancio acumulado, las preocupaciones y el agobio de muchos momentos en frutos de virtudes cristianas: paciencia, mansedumbre, alegría en el darse a los demás, disponibilidad para cumplir la voluntad de Dios. Amar es servir y el servicio acrecienta el amor*». Estas palabras expresan la actitud que estamos llamados a vivir en el servicio a los demás. Aunque duela, aunque nos deje heridos en el camino. **Una vida entregada es una vida que ha sufrido por amor.**

Sabemos que las arrugas muestran que hemos vivido y las heridas nos recuerdan que hemos amado. Hace poco leía: «*Las cicatrices nos enseñan que el pasado fue real*»⁵. Y es verdad, el tiempo nos va dejando arrugas y heridas. Pero a veces no somos capaces de querer nuestras arrugas y heridas y anhelamos algo que no tenemos. En la película «*Otra tierra*» la protagonista contaba un cuento de un astronauta ruso: «*En la nave empezó a escuchar un ruido constante que no cesaba. Creía que iba a volverse loco. Entiende entonces que el camino para no volverse loco es enamorarse del ruido. Lo integra y así puede seguir viajando por el universo*». Sólo cuando hace suyo el ruido puede comenzar a apreciar la belleza que veía a su alrededor y disfrutar la vida. Tal vez nos pasa lo mismo a nosotros. Hay hechos, experiencias que hemos tenido, tal vez errores que no olvidamos, que golpean el corazón como un martillo. Su ruido no cesa. Su constancia y su fuerza laceran el alma y nos hacen temer por nuestra salud mental. En esos momentos, cuando pensamos que la vida es una tortura y que no hay salida tenemos dos opciones. O nos volvemos locos queriendo acabar con el ruido de nuestro pasado, de nuestros defectos, de nuestros errores o aprendemos a amar lo que no podemos cambiar. Cuando damos ese salto de fe y decimos que sí, que lo queremos, todo cambia. Una persona me comentaba: «*Una vez un chico con cáncer me contó que esta enfermedad él no la había elegido. Pero que él sí podía decidir si la quería o no la quería. Y él había dicho: «Sí, la quiero» y entonces ya fue libre. Me impresionó mucho y muchas veces en mi vida, ante situaciones «impuestas», he recordado ese «sí, lo quiero» que tanto me admiró*». Ante la vida podemos elegir vivir o nos podemos aferrar a una realidad que no existe, a una tierra que no es la nuestra, a una vida menos valiosa que la que Dios nos regala. **Podemos huir o aprender a vivir con libertad nuestra propia vida.**

El camino que se nos presenta es aprender a vivir en humildad. Cristo lo describe de esta forma: «*Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque*

⁵ Raúl de la Rosa, “El ermitaño que veía películas de Hollywood”, 154

uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar consejeros, porque uno solo es vuestro consejero, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido». Mateo 23, 1-12. La humildad es esa virtud de la que hablamos con frecuencia. Es la actitud del que reconoce la verdad de su vida y la lleva con sencillez; se alegra de sus éxitos pero no se recrea en ellos; no necesita hablar para defender su fama, no se defiende ante las críticas ni ataca para sacar ganancia. Es la actitud del que entiende que la opinión de los demás es lo que más importa y sabe que sólo en la pobreza de la humillación será capaz de encontrarse con Dios, más que en la gloria de los hombres. Es la actitud del que calla, del que no busca los mejores lugares, del que no pretende que le reconozcan todo lo que hace. Es el aliento del que se levanta siempre que cae, sin recrearse en la derrota, sin caer en la autocompásion; es el aliento del que sabe alegrarse de los éxitos ajenos y reconocer con alegría las virtudes de los otros. Es la actitud del que vive con serena alegría los pequeños fracasos, sin culpar a otros, sin buscar excusas. Es la manera de ser del que mira al cielo cuando se levanta y agradece a Dios por el nuevo día, sin reproches ni miedos, con un corazón en paz. La forma de vivir del que sabe pedir perdón reconociendo los errores y comienza siempre de nuevo cuando comprende que estaba equivocado. Es esa virtud escasa y despreciada por poco valiosa, dejada de lado por el orgulloso, menospreciada por el que busca la fama. Nosotros buscamos muchas veces ser enaltecidos, y pocas veces enaltecemos a los demás; queremos que nos pongan en lugares de honor, sin reconocer el honor de los que nos rodean. No aceptamos que nos humillen, no somos capaces de reírnos de nosotros mismos. Nos tomamos demasiado en serio. Tan lejos está de la belleza la vanidad del soberbio. **Mientras que nosotros aspiramos a ese don de la humildad que se nos regala.**

El humilde atrae a los hombres, el orgulloso se acaba encerrando en sí mismo. El humilde sabe pedir ayuda, el soberbio piensa que no necesita nada. El humilde es capaz de amar con su amor pequeño, sin pretensiones, sin pedir nada a cambio. Sabe aceptar las humillaciones y no busca ser enaltecido. Decía Benedicto XVI: «*Una pequeña partícula de amor, pareciendo tan débil, es muy superior a la máxima capacidad de destrucción*»⁶. Una sola partícula de amor puede cambiar el mundo. Un amor que se hace servicio humilde y desinteresado. Es el amor de Cristo que se entrega desde la pobreza de la cruz, desde la humildad despreciada por los hombres: «*Dios ha sido crucificado y desde la cruz está proclamando que ese Dios, tan débil en apariencia, es el Dios que perdona sin medida, el Dios que es más fuerte en su aparente ocultamiento*»⁷. Es la fuerza de la humildad de Cristo la que vence el orgullo del hombre. Es la humildad de una niña, virgen, que acogió la Palabra en su seno. En la fragilidad de su vida, María, Virgen fiel y humilde, expresa la humildad de una niña arrodillada ante el Ángel. En el misterio de ese silencio de amor se esconde la vida que se nos regala. El camino que eligió Cristo fue el de la humildad. Es la educadora de los corazones que se saben débiles y pequeños. Así lo explica el P. Kentenich: «*Todo su amor y sus pensamientos están dirigidos constantemente a nosotros. Todos sus desvelos son para nosotros. Nunca aparta su vista de nosotros. Sabe de nuestras necesidades, grandes y pequeñas. Las pone ante el Señor y ante el Padre celestial*»⁸. María se ocupa siempre y quiere que aprendamos a vivir en su presencia, quiere nuestra conversión: «*La acción en profundidad de la fecundidad universal de María consiste en la transformación del hombre hasta la plenitud de la edad de Cristo*»⁹. María quiere cambiarnos para que nuestra vida cambie de verdad, desde lo profundo. Sabe que nos resistimos al cambio y por eso quiere que nos hagamos niños dóciles en sus manos. **Quiere enseñarnos el camino más humilde, el de los niños pobres y sencillos, que confían siempre y se dejan guiar por el amor de Dios.**

⁶ Joseph Ratzinger, “La sal de la tierra”, 23

⁷ Joseph Ratzinger, “La sal de la tierra”, 30

⁸ J. Kentenich, “Charlas de cuaresma”, Milwaukee, 1964

⁹ J. Kentenich, “Jornada de Navidad para la consagración de un curso”, 1933